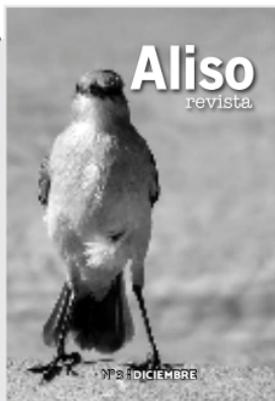


Aliso

revista



Nº 3 | DICIEMBRE



Escriben en este número de Aliso Revista: Juan Luis Henares, Gisela Rondan, Melé Graglia, Ivan Taylor, Pablo Felizia, Rocío Lanfranco, Cesar Penna, Horacio Lapunzina y Romina Backus.

La foto de la tapa de la revista es de Mateo Oviedo, fue obtenida un mediodía de enero, de 2011, en la costanera de Paraná.

Este ejemplar cuenta con la colaboración de Mario Milocco.

📄 **Aliso Imprenta**

📄 **Ana Editorial**

Aliso Revista es una idea de Pablo Felizia y César Heinitz, realizada con el apoyo de Nicolás Tavella y Lucía Puntín. Una propuesta de **Ana Editorial**, llevada adelante por **Aliso Imprenta**.

EDI TO RIAL

Dice la enciclopedia intergaláctica de Wikipedia que nuestro querido Aliso de Río es un árbol de mediano porte, de cinco a nueve metros de altura, de copa pequeña y de follaje verde gris. Crece a orillas del delta medio y superior del Paraná. Es una especie pionera, porque se propaga rápido y ocupa los bancos de arena. Forma macizos y bosques puros, y puede asociarse con el sauce criollo y a las chilcas. Donde la humedad del suelo es mayor, el bosque es denso con hongos y líquenes. Pero además, dice el oráculo que tiene uso medicinal y masticar la corteza alivia el dolor de muelas. Es el árbol que hace nacer las islas. Para nosotros, es simplemente una belleza.



VICEGOBERNACIÓN
ENTRE RÍOS

EL AMOR DE JOSÉ

Un cuento de **Juan Luis Henares**, del libro **Lápiz clandestino**. Una adaptación de este relato fue representada el 20 de noviembre por estudiantes de Tercer Año “B”, de la Escuela Secundaria de Adultos N° 31 “Pueblos Originarios”, de Colonia Avellaneda. Fue en el marco de una jornada de teatro organizada por la institución. Las fotos que acompañan el cuento son gentileza de **Laura y Macarena**, dos estudiantes que protagonizaron la obra.

¿Qué hago acá? Tengo ganas de levantarme de la silla e irme rápido para casa; para como esa muchacha que no para de hablar. Vine porque le hice caso a Ana –mi mejor amiga, creo– pero temo que ella me tenga envidia. Él es tan lindo, que cada vez que lo mira me parece notar en sus ojos un destello de deseo. ¿Será que como Ana no puede tenerlo tampoco quiere que sea mío?

José me ama, no tengo ninguna duda. Ya se que lee los mensajes en mi celular, que me llama constantemente cuando salgo de casa, que no quiere que trabaje ni tampoco que estudie y, menos aún, que me junte con mis amigas: pero me ama con locura —lo dice todos los días— y eso le molesta a las demás. Me quiere solo para él, lo que es una muestra de su gran amor. Además, el pobre está preocupado porque no quedo

embarazada, ya que sueña con que tengamos muchos hijos.

Y porque me ama me golpea; es que yo, loca vieja, a veces hago cada barbaridad... Como días atrás, cuando en la calle seguí con la mirada a ese muchacho que me gustó mucho. Claro, me quiere tanto que no soporta que mire a otro hombre. Al



llegar a casa me pegó, pero me lo merecía porque lo lastimé; y sé que los golpes que me da le duelen más a él que a mí. Hasta éste que me dejó el ojo morado.

Ana me dice que así empieza todo, y que aunque yo no me de cuenta José es muy violento. Algo de razón puede que tenga: en realidad ella no sabe que este golpe no fue el primero, sino que desde un tiempo atrás se vienen repitiendo. Me trajo a esta oficina —“Secretaría de la Mujer”, dice el cartel—, y está sentada a mi lado acompañándome.

Al fin la joven terminó de hablar; llora, se toma el rostro. La señora que la atendió le da un beso, la abraza y la chica se levanta. Da media vuelta y se dirige a la salida: su cara está desfigurada, manchada con restos de sangre, sus ojos parecen dos bolsas infladas. Camina con



dificultad, su cuerpo expresa el dolor de los golpes. Me paro, la miro y como un espejo parezco reflejarme en ella. Tiemblo, un escalofrío recorre mi cuerpo; me acerco al escritorio y casi sin darme cuenta comienzo a contar sobre la primera noche en que José a los golpes abusó de mí.



LOLA, LA CARACOLA Y PICHICHIS, EL PERRITO QUE QUERÍA VOLAR, es la nueva obra de **Melé Graglia** con ilustraciones de **Julieta Battauz**. Se trata de dos historias encantadoras para los más chiquitos.

Los interesados pueden escribir al Facebook de **Abrazo Ediciones Paraná** para coordinar la entrega del libro o se puede conseguir todos los días en el Puesto 8 de la Feria de Salta y Nogoyá, en Paraná.

APOTEÓTICO AMOR

Una poesía de **Gisela Rondan**

*Me dicen: tranquila!
Cuando acá en mi pecho,
Sólo siento fuego.*

*Antes, no nos vimos,
Vos llevabas magia
Que aún no comprendía.*

*Pues sí, tuve miedo
Porque era esa magia,
Cadencia añorada.*

*Tu mirada albahaca
Reptaba en la mía
Tus labios, cerezos.*

*Mis manos tocaban
Tu espalda montaña,
Que deseaba eterna*

*Y en la dulce noche,
una epifanía,
me absorbió al silencio.*

LA PULSERA

Basado en una leyenda urbana. Un cuento de **Melé Graglia**

El joven de pelo rojo descendió del ómnibus en el kilómetro ochenta y cinco de una ruta desierta en plena madrugada. Se calzó la mochila en un brazo y la guitarra en el otro, mientras miraba al arco que enmarcaba el camino de ingreso al pueblo. Sobre el mismo, leyó con cierta dificultad un desteñido “Bienvenidos a Villa Los Pinos” y junto a la columna que sostenía el arco, un cartel que decía “Al centro, 3 km”.

La luz mortecina de unas farolas se perdía entre los altos pinos que bordeaban ambos lados del camino de acceso al pueblo. Miró la hora en su celular, “Las 3. Tendré que caminar nomás”, se dijo. Con pasos largos comenzó la marcha mientras buscaba en su mochila. “Pucha, se me terminó la batería”, murmuró entre dientes, ya no podría escuchar su banda preferida. Una liebre se espantó a su paso y pasó por la cinta de asfalto velozmente. “Bicho de miércoles, me asustaste”, exclamó a media voz.

Estaba fresca la madrugada de marzo, pero la caminata lo hizo entrar en calor. Recorrió los últimos metros del largo camino que terminaba justo frente a un paredón. “¿A la derecha o a la izquierda?”, pensó al llegar, después de observar que no se veía nadie en ninguna dirección. Tomó la calle de la derecha, tan desierta como el largo tramo de ingreso al pueblo. “Parece muerto esto”, rezongó, “¿para qué habré aceptado horas en la escuela de aquí? ¿Qué lugar para empezar!”. No había carteles que señalaran el nombre de las calles. Todas las ventanas estaban cerradas. Ningún kiosco, bar o estación de servicio a la vista. Se detuvo un momento y hurgó en un bolsillo de la mochila. Encendió el último cigarrillo que le quedaba en el paquete; aspiró el humo, mientras pensaba qué hacer hasta que llegara el día.

Siguió caminando unas cuadras y se encontró con una pequeña plaza. Una lechuza se espantó a su paso sobrevolando el sendero con un chistido. Se sentó en un banco junto a un árbol a esperar que empezara a clarear o que apareciera alguien que lo pudiera orientar. Entrecerró los ojos y al abrirlos vio a una chica, recostada contra un árbol grande de gruesas ramas, a pocos metros de donde estaba él. Le sorprendió no haber notado su presencia antes. Se levantó y comenzó a caminar hacia ella. La luz de la luna exaltaba

la palidez de su rostro y la blancura del vestido. Al acercarse más, notó que su largo pelo negro estaba adornado por una vincha con perlas blancas; un hilo de perlas similares le adornaba la muñeca. Le sorprendió notar que la muchacha estaba descalza.

“Hola”, le dijo. La chica no contestó. “¿Qué hacés sola en este lugar? ¿Te pasa algo?”, insistió.

“Discutimos con mi novio y se fue”, respondió con una mirada ausente.

“¿Y no te da miedo estar sola a esta hora acá?”

Ella se encogió de hombros como indicando que no le importaba.

“¿Querés que te acompañe a alguna parte?”. Ante su silencio, él volvió al asiento donde había dejado la mochila y la guitarra. Revisó los bolsillos de la mochila tratando de encontrar otro cigarrillo, pero fue inútil. La chica se acercó. Caminaba tan suavemente con sus pies descalzos que parecían flotar.

“Bueno, acompañame a mi casa”, dijo.

Se levantó cargando sus cosas y caminaron en silencio por las veredas arboladas, casi oscuras. La luz de las farolas se perdía entre las hojas de los árboles. Sólo se sentía a lo lejos el motor de algún camión que cruzaba por la ruta y el ladrido de los perros.

“¿Cómo te llamas?”, le preguntó.

“Esperanza”, respondió ella.

“¿Y no me preguntás nada?”, dijo él después de un rato. Ella volvió a encogerse de hombros.

“Me llamo Julián. Hoy comienzan las clases. Soy el nuevo profesor de música de la escuela secundaria... ¿tal vez sea tu profe?”

Ella no contestó.

“Pero, ¿vas a la escuela o no?”, insistió él.

“Iba...”, dijo y se detuvo frente a la puerta de una antigua casona, en una zona escasamente iluminada.

“Aquí es mi casa, gra-



cias”. Abrió y entró.

El joven se quedó atónito mirando la puerta que se cerraba de inmediato. El grito de un ave nocturna lo sobresaltó. “Mirá que son raras las chicas”, pensó, “capaz que mañana me la encuentro como alumna; ¡espero que no sean todas así!”. Dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

De pronto vio algo que brillaba en el pasto: las perlas blancas parecieron volverse fosforescentes con un rayo de luna. Julián levantó la pulsera y rápidamente regresó a la vieja casona. Una mano de bronce sobre el costado de la puerta le sirvió para llamar. El sonido sobresalió en el silencio y los perros del vecindario comenzaron a ladrar.

“¿Quién es?, escuchó una voz de mujer desde adentro.

“¿Está Esperanza?”. No hubo respuesta. “Disculpe, le traigo algo”.

Notó que una luz se encendía en el interior y la puerta se entreabría.

“Disculpe señora por la hora, pero recién acompañé a Esperanza hasta acá y ahora encontré en el camino su pulsera”, le dijo a la mujer que asomaba apenas su cara por la puerta, mientras le extendía la joya con la mano.

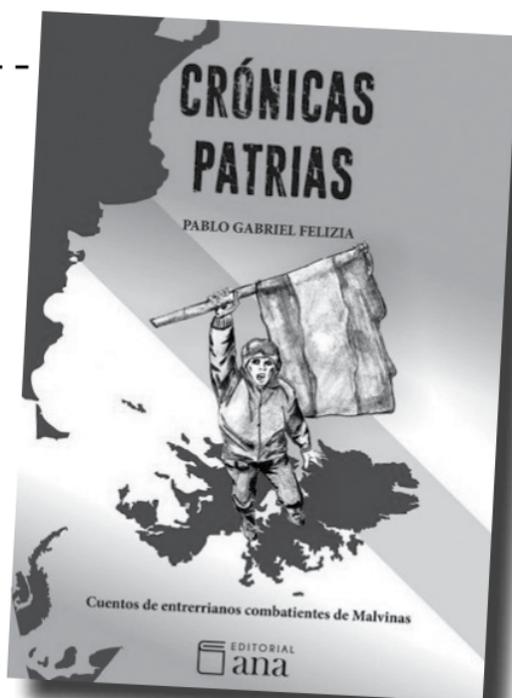
Tras un largo silencio que lo incomodó, la mujer dijo: “Mi hija... Esperanza era mi hija, ¿sabe?...” y se quedó mirándolo sin tomar la pulsera. Después de una pausa, abriendo más la puerta, agregó: “Pero murió. Justo esta noche se cumplieron diez años. Se ahorcó en el roble de la plaza. Una pena de amor. Tenía sólo quince años...”.

Con la pulsera aún en la mano, Julián dio media vuelta murmurando palabras ininteligibles. La mujer lo llamó: “Disculpe, joven. La pulsera”. Al ver al muchacho que la miraba atónito, insistió: “¿Me da la pulsera? Se la llevaré a su nicho. Todos los años vuelve en esta fecha y siempre se olvida de algo...”.

Un estremecimiento lo recorrió de arriba abajo. Entregó en silencio la pulsera y comenzó a caminar con paso urgente.

El canto de un gallo madrugador lo sacó de su estado. Miró a su alrededor y se sintió mejor. Las sombras de la noche comenzaban a disiparse.





Crónicas Patrias de Pablo Gabriel Felizia, es el primer libro de Ana Editorial. Son siete cuentos donde se rescatan hechos de heroísmo, de ocho combatientes entrerrianos: Carlos María Vergara, Oscar Barzola, Roberto Andrade, Rubén Nicolás Benza, Héctor Rosset, Ricardo Velázquez, Juan Carlos González y Ramon Duarte.

Escribir este libro llevó cuatro años. El autor quería conocer hechos de heroísmo cansado de escuchar que todos los que enfrentaron a Inglaterra eran unos chicos llenos de miedo. Encontró las historias en las palabras de esos hombres y la ficción se transformó en una cornisa fina entre ellas, tal como las relataron, y el aporte de la literatura.

ACERCA DEL AUTOR

Pablo Gabriel Felizia es licenciado en Comunicación Social y fue periodista durante siete años en Diario UNO de Entre Ríos. Cuatro cuentos de su autoría fueron publicados en ese medio a modo de folletín con entregas semanales y dibujos propios: Desaparición y muerte en bicicletas rojas, La victoria de los visitantes nocturnos, Los poetas de Ramírez y La habitación de los segundos detenidos.

Su primer libro publicado es Crónicas Patrias.

Hoy es becario del Fondo Nacional de las Artes y es en Ana Editorial.



www.anaeditorial.com
 pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
 nicolastavella@anaeditorial.com

CENIZAS

Por **Ivan Taylor**

*Si ves cenizas de un fogón
del que no fuiste fiesta no te quedes cerca.
No quieras lo que el viento no tuvo por bueno.
No hagas lo que la lluvia no tuvo por tiempo*

en llevar; en llover; en lavar.

*Si hay cenizas de un fuego del que no fuiste baile
ni canto, ni ritual, ni ofrenda
no te quedes cerca.*

*Corre, corre
de vos, de todo alrededor; de todo ayer. Hui.*

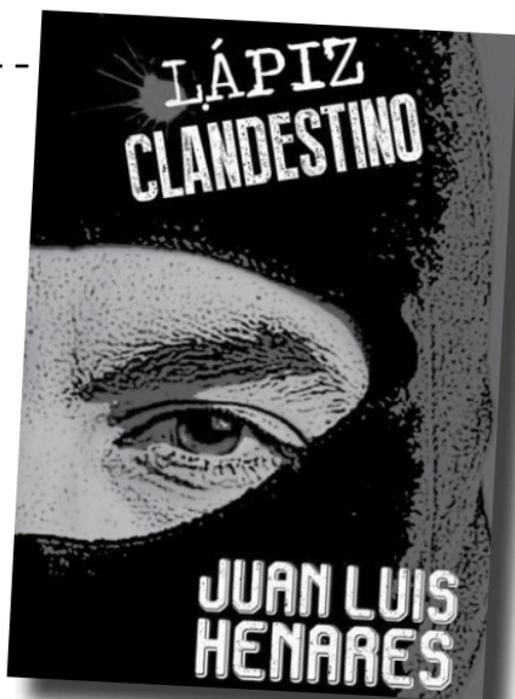
*Aunque no sepas
donde ir.*

*Si hay cenizas que el viento no se lleva
hay un fuego que la lluvia no apaga.*

*No te quedes cerca de un ardor
latente.*

*No le des tu sombra a un ardor
cerrado.*

*No te creas lengua de un ardor
ajeno.*



Existe un mundo ideal, con modernos edificios, coches último modelo, opulentas fiestas e inolvidables viajes alrededor del planeta; en él los escritores crean bellas poesías sobre el amor y lo hermosa que es la vida, escritas en sus confortables mansiones desde un amplio ventanal con vista a un parque lleno de árboles, donde se percibe el olor de las flores y el canto de los pájaros.

Pero también existe otro mundo en el cual habitan la marginación, la desigualdad y la pobreza; con casas en villas miseria o barrios populares, coches destartalados o carros tirados por caballos, sin fiestas y en donde solo hay viajes que llevan al trabajo. Un mundo donde las personas pelean por sobrevivir, por conseguir unos pocos pesos que les permitan alimentarse y llegar al día siguiente.

Desde este último lugar está escrito este libro: lejos de los ámbitos literarios, sin un peso en los bolsillos, en los viajes en tren o colectivo, en las caminatas por las calles de la ciudad.

Un libro escrito por un lápiz clandestino.

ACERCA DEL AUTOR

Juan Luis Henares vive en Colonia Avellaneda, es profesor y da clases en una escuela nocturna de la zona. De los veintidós cuentos que forman parte de Lápiz clandestino, diez fueron premiados en distintos concursos de España, México y Argentina.



www.anaeditorial.com
 pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
 nicolastavella@anaeditorial.com

A LOS PREJUICIOS LOS LLAMO PRECONCEPTOS

Cuento inédito. Por **Pablo Felizia**

De todos modos, el que me vino a buscar fue un amigo. Me dijo: –Estaría buenísimo que le hagás una nota al pintor. Es especial para vos –Entre otros fundamentos interesantes, el tipo vivía sobre calle Maciá y había realizado un cuadro ganador en un concurso en México y como premio se alzó con quinientos dólares que por entonces alcanzaba para poder realizar un viaje a Uruguay por diez días.

Para escribir sobre la vida de alguien, lo mejor es conocer su casa y escuchar. Hay quienes hablan y no dejan hablar, como también están los que hacen entrevistas por teléfono y se creen John Reed. Por lo general, los dos males van siempre de la mano y en la misma persona. En estos no existe prestar atención a los detalles, ni siquiera repreguntar cuando no se entiende. Se creen incluso, los sábados en cualquier bar, los popes del Le Monde. Cierto es, que también nunca hay tiempo. El hecho, eso que después va a ser noticia, ocurre y existe en sesenta líneas. Es un ahora y ya. Un algo que tal vez mañana sea viejo y por supuesto olvidado en algún archivo. En esa página de sesenta líneas, la palabra de más molesta y una de menos indica que aún no se ha terminado el trabajo. En este mundo de primicias inventadas, el resto no existe, vale menos y vende poco. Encontrar a alguien que tenga algo interesante para contar también es un aspecto que debe ser considerado en todo estudio de la miseria del periodismo moderno. Sin embargo diré que encontrar a ese alguien, al personaje de la semana, lleva un tiempo que se escapa de la vorágine o sale de la agenda, dicen aquellos que se creen surfear la cúspide de la ola rotativa.

El día que fui a visitar al pintor para hacerle la entrevista, llovía. A la cita la había arreglado mi amigo.



–Todo listo, te esperan en su casa –Me había dicho y me pasó la dirección en un papel. A estas cosas uno va con la idea fija: ver el cuadro, tres preguntas bien hechas, dejarlo desarrollar una idea, buscar un título en sus palabras, captar alguna esencia, alguna tristeza al estilo es un desocupado que se gana el pan al vender cuadros en una plaza céntrica, darle a entender que es la persona más interesante que uno pudo haber entrevistado en su vida, retirarse para redactar, volver a casa, preparar el mate, sacar al perro y a lo sumo pedir comida hecha con una lata de cerveza. Después se puede mirar una película o un programa en la televisión de esos de investigación como para comentar al otro día en el trabajo y por último dormir a la espera de una jornada similar. La lluvia en esa mañana por calle Maciá, se levantó desde el piso como en vapor y no se podía respirar.

En el papel la dirección era clara: un primer piso a las diez de la mañana. Después había algunas referencias. Ese departamento se ubicaba por encima de una veterinaria, pero el timbre se tenía que tocar desde Avenida Ramírez que está a la vuelta. Medio raro, pero en un cartel en el lugar indicado se leía “la casa del pintor, toque timbre” y lo señalaba con una flecha hecha en lapicera azul. Al costado, detrás de un vidrio, catorce ratas de la india con pelos de colores se chocaban en una pecera.

Tocar el timbre y subir las escaleras fueron acciones simples, de rutina. Detrás de la puerta de madera, luego del último escalón se escuchó un “pase, está abierto” y fue antes de golpear. Era la vos de una mujer, seguramente su esposa y la puerta con empujarla apenas, hizo un chillido falto de aceite. Fuma cigarrillos negros, fue lo primero posible de advertir en ese living-comedor con ventanas cerradas y persianas bajas.

De entrada el aspecto del lugar era diferente al imaginado y estaba lejos de tener indicios que lo hicieran parecer a un taller. De hecho no había pinceles ni siquiera arriba de la mesa. Eso también era raro. Por más trabajo de oficina, lo que hay sobre las cuatro patas a cualquier hora, habla un poco de lo que uno es; hasta si incluso está todo muy ordenado y un florero con rosas de plástico da la bienvenida. Mucho más en la casa de un presunto artista, la cosa es más exagerada, por lo menos algo de eso que se hace debería estar sobre la mesa o colgado en las paredes. En este



caso no había absolutamente nada para corroborar la hipótesis. Tampoco cerca de la ventana con cortinas cerradas era posible advertir un caballete o un cuadro blanco manchado de colores a medio terminar. Además, al del cigarrillo se sumaba un olor a salsa, quizás de la noche pasada o por las moscas muy probable de la anterior.

—Dice que ya viene —La mujer dio media vuelta y por un pasillo desapareció luego de atravesar una puerta sobre el final. Antes señaló un sillón con el tapizado roto y quemado por cenizas.

Desde ahí se podía ver una cocina por la puerta abierta y el costado de una heladera. Por lo menos una ventana a la izquierda del lavatorio iluminaba el lugar. Se veían moscas que ingresaban por la abertura del vidrio, revoloteaban sobre una olla manchada de rojo con algún tipo de hongo verde y volvían a salir para repetir el mismo movimiento otra vez. Con los ojos fue más fácil reconocer que la salsa, efectivamente, llevaba varios días estacionada.

El pasillo frente al sillón era oscuro. La mujer que segundos atrás había desaparecido por su puerta final, tenía por lo menos treinta y cinco o cuarenta años, se había levantado de la cama hacía poco y la noche anterior se le notaba en los cabellos. A la

izquierda de esa puerta final era muy probable que hubiera otra, quizás de una habitación; la única del departamento. Esto anuló la posibilidad de una sala de trabajo o taller.

En el comedor, además del sillón donde estaba sentado y de la mesa vacía, contra una pared había cuatro estantes a modo de repisa. Por lo general, tengo una especie de costumbre al llegar a una casa que no conozco. Inmediatamente busco el momento oportuno para poder observar los títulos que se tengan a la vista: repasar los libros y la música que se encuentren al alcance. La presencia o ausencia de ambas cosas o de alguna de ellas



ya dice sobre la vida del entrevistado. Puede ocurrir también que estén escondidos o, por ejemplo, exista la presencia de portarretratos de familiares jóvenes: hijos, nietos o sobrinas en lugar de las expresiones artísticas. He visto hasta retratos de abuelos en alguna guerra o cosa similar. Eso también dice y da para preguntar. En la repisa con cuatro estantes en la casa del pintor, había un potus falto de agua; también dos dados, uno de ellos chamuscado en las puntas; el paquete de cigarrillos negros con su encendedor; un cenicero repleto; y si bien se observaba un portarretrato, aún tenía la foto con la cara del idiota con la que vienen al comprarlos.

El televisor es un aspecto que determina, sobre todo cuando es más grande que cualquier otro objeto. Su ubicación también: si está en la cabecera de la mesa donde se almuerza y cena, da la idea de quién es el que manda. En esta oportunidad ni siquiera estaba presente. A lo mejor se encontraba en la habitación. En ese caso cumple la función de reproductor de canciones de cuna que se apaga sola al programarla y que dice más o menos para donde soñar. Tampoco había una radio y fue posible sacar algunas conclusiones al respecto. Era impensado en ese contexto encontrar una computadora. Las paredes del pintor, en su propia casa falta de cuadros, estaban repletas de hongos como puntos negros; se disputaban el avance de la naturaleza con telarañas crecientes en los rincones.

La disposición de la habitación y el baño era correcta. Por la puerta lateral apareció un hombre flaco, de barba blanca con varios días sin afeitarse y tapado con una manta. Los brazos caídos a los costados con aires de desgano acumulados. Sin decir nada, ni siquiera levantar la mano para saludar, se sentó en una de las sillas que torció un poco brusco para acomodarla frente al sillón.

Dar con el pintor fue fácil. Mi amigo llamó desde la redacción a un celular. Consultó, le respondieron que espere y luego el jueves a las diez. Eso había sido todo. Ahora sentado en esa silla y a juzgar por el aspecto, la derrota era una posibilidad.

–Pinté un cuadro –dijo sin que me deje preguntar nada. Lo planteó como si fuera una hazaña irrealizable. Después agregó–: Luli, mi querida Luli, lo envolvió en un sobre de papel madera y lo envió en encomienda a México. Gané, me mandaron quinientos dólares en un giro postal y eso fue todo. Hasta luego –Se levantó a lo jeque árabe, tenía todo el cuerpo tapado con la manta como si fuera invierno y volvió, lento y sin saludar, a la habitación del costado por donde había aparecido.

El ruido de la puerta de ese departamento, esta vez al cerrarse, coincidió con mis primeros pasos en la calle y ellos con las gotas de una tormenta que se reanudaba. Un cigarrillo rubio, bien rubio, fue el único consuelo a esa hora de la mañana. Avenida Ramírez como siempre, con malos conductores faltos de criterios y un asfalto hecho pedazos. Volví a la redacción con una derrota para levantar un conjunto de noticias cortas que vendan un poco dentro de la misma agenda. Pero a dos cuadras de la avenida por calle Villaguay, la voz de una mujer gritó una súplica para que me detuviera. Mojada y con la respiración entrecortada, la querida Luli acercó una cara desarmada y un pelo ahora colorado.

–Disculpe, por favor –dijo y su voz fue un poco más joven, lo mismo la impresión a la luz lluviosa de la calle. Tenía quince años menos que diez minutos atrás–. Lo invito a tomar un café esta tarde –soltó sin vueltas y agregó una esquina con bar céntrico. Una negativa hubiera sido la más atinada, la esperada; la respuesta fue afirmativa más por ciertas curvas que aparecieron, quizás por el pelo mojado, tal vez por su voz de súplica.

A las cuatro, el trabajo del día estaba relleno. Había un muerto, tres culos en la playa de una localidad cercana donde no llovió y la denuncia en un barrio por un pozo en el asfalto con años de no arreglarse. La distancia que separaba la redacción del bar era de una cuadra y media. Además tenía tiempo. Sentado frente a un cortado mediano y una medialuna de grasa era clara la certeza de haberme equivocado de decisión. Irme hubiera sido lo más acertado, pero jugado y de alguna forma comprometido no me quedaba otra que esperar, putear en silencio y chistar cada tanto.

Empeoró la cosa que se demore siete minutos en llegar, pero la mejoró advertir que a esa hora de la tarde, tenía cinco años menos de los quince restados bajo la lluvia. Además en la clasificación de seres humanos por el horario de llegada según lo acordado, estaba dentro del margen de aceptación.

–¿Mozo? Un cortado chico –Fue lo primero que dijo antes de saludar. Se había maquillado debajo de los ojos. Eran claros. El resto de la cara tenía un color natural –. Antes que nada te pido perdón –E hizo un gesto con la mano como para pedir un tiempo muerto. Abrió una cartera, tomó un celular y lo apagó. Todo era una incógnita. Joven, sencilla, de movimientos simples sin tantos ornamentos ni exuberantes, era la mujer de un hombre desagradable, desagradecido y con tintes claras de bebedor. En ese momento tenía una sonrisa en la cara inexistente algunas

horas antes. Cada tanto, desde que entró al bar hasta que apagó el celular, el ceño se le ponía de una forma que demostraba preocupación. Había por decirlo, cierto enigma que le daba atractivo a sus formas. Además llevaba puesto un vestido corto y ajustado de varios colores en franjas horizontales.

El contraste con aquel hombre era tan evidente que la primera suposición fue la de la niña que se enamora del artista veinte años más grande. Esas que ante sus amigas, una siesta cualquiera, inventa excentricidades para darse cierto aire de vida resuelta, de superficial superioridad, pero que al llegar a su casa recibe un sexo transpirado en alcohol y falta de iniciativa, junto a una orden inmediata posterior para que cocine fideos con salsa bolognesa. Las lágrimas de esas mujeres, lejos de sus amistades aplaudidoras, siempre caen sobre el lavatorio del baño y se secan rápido ante una nueva y feroz orden para que se apure.

La segunda suposición era menos real, pero de serlo podría escribir un best seller. Ver a esa mujer encender con delicadeza un cigarrillo negro en el balcón del bar sobre la peatonal, saber sus piernas cruzadas luego de apagar el celular por debajo de la mesa de vidrio sin mantel y perder la mirada en algún horizonte, comparada con un viejo arrogante que se la tira de artista porque ganó quinientos dólares en un concurso, a uno lo hace pensar que quizás, si te agarran medio desprevenido, se está frente a una víctima de red de trata. En el balcón de ese bar, con un cortado chico, un cenicero, un medio pocillo terminado y migas de una medialuna de grasa, no pude más que responder:

–Es él, quien debería pedir perdón –Pero ella volvió sus ojos a los míos y enseguida respondió:

–Es que no me dejaste terminar. Antes que nada te pido perdón en nombre de mi papá y si no estás enojado te invitamos a cenar, así te cuenta su historia. Hoy a la mañana estaba muy nervioso.

Por segunda vez en un mismo día hacía algo que no quería. El timbre, calle Macía, las escaleras, una puerta y la voz de mujer del otro la-



do invitándome a pasar desde adentro del departamento. Ya no había olor a salsa y todo estaba ventilado.

–¿Cerveza o vino? –preguntó Luli otra vez con el pelo húmedo, con perfume y sin maquillaje.

–Cerveza está bien –respondí.

–Bueno, papá ya viene.

Sentado en el mismo sillón que durante la mañana, se veía ahora un velador prendido junto al cenicero de la repisa.

Por la puerta del costado sobre el final del pasillo, apareció el pintor otra vez. La misma postura como decaída, con cierto desarme al caminar, pero se había afeitado y presentaba un vestimenta de entrecasa. La lluvia hizo descender la temperatura y una brisa fresca entraba por la ventana principal del departamento.

–Sientesé por favor –dijo el pintor como invitándome a una silla de espaldas a la repisa. Desde ahí se podía ver un cuadro colgado en la pared, bien arriba del sillón, invisible más temprano. Los otros dos, también se ubicaron. Luli frente a mí de espaldas al cuadro y el pintor en una cabecera más alejado. Ella agarró una empanada y en dos bocados la terminó. Capaz tenía hambre. La lluvia había amainado después de un desate sobre el atardecer, pero todavía refucilaba a lo lejos y la luz entraba por la ventana, ahora con las cortinas corridas.

–En algún momento me gustaría que me muestre el cuadro –dije como para abrir la charla. Luli miró de reojo a su papá y él agachó la cabeza.

–Papi prefiere que terminemos de comer.

Pero el hombre, como si hablar le costara el doble, dijo:

–Tengo una foto. El original aún está en México.

Transpiré. Por todos lados transpiré. El aire, ante el nuevo silencio, se enrareció otra vez. Turbio. Así se volvió todo ante una primera, simple y obvia pregunta. La posibilidad de estar ante un fraude artístico creció como una idea que le ganó espacio a cualquier otra opción. El detalle de la falta de elementos artísticos en la casa del artesano de los colores se volcó sobre la mesa junto a una de jamón y queso.

–A papi le gusta que en la mesa no se hable –soltó Luli y al instante de pronunciar la advertencia, el supuesto señor pintor asintió con la cabeza; ella tomó su vaso, lo llenó con cerveza y espuma hasta el tope, y se lo mandó de un tirón. Un manto, símil



velo, recorrió el comedor y le agregó gris al momento; el sudor en el cuello se me puso helado.

Resultó que no se podía hablar porque al señor no le gustaba. La situación se había vuelto otra vez compleja. Quizás Luli advirtió mi mal momento; algo en mi cara se hizo transparente como un disgusto del tamaño de un pintor hijo de puta. Por debajo de la mesa, suave, golpeó su pie contra el mío y luego me guiñó un ojo. Por cortesía, porque es lo que me enseñaron desde chico, por la educación recibida, decidí hacer silencio y esperar un poco más. Mientras, el señor pintor continuó con su actitud de indiferencia, un cuerpo de desgano derribado sobre la silla, los brazos como caídos a los costados y una mirada que se perdía en algún lugar de la tabla de la mesa. Todo era muy raro. Lo digo porque el tipo no decía nada, no me dejaba preguntar y me tenía las pelotas en pleno arrastre contra el piso.

Cuando terminamos de comer la última empanada con Luli, porque el señor no probó bocado, les dije:

–Ahora sí, me cuentan algo del cuadro o me voy –El tipo me miró sin pestañear y con los ojos redondos como si hubiera cometido un pecado carnal en el medio de un convento de clausura. Levantó una sola ceja, se tiró un poco para atrás y con soberbia respondió:

–El arte es algo que corre por la piel –Ahí nomás levantó la vista, buscó un nuevo horizonte y no volvió a hablar como a la espera de que le preguntara algo. Debo confesar que estuve a punto de clavarle un tenedor con restos de cebolla en el ojo izquierdo, pero me contuve. En el mundo hay una lista larga que detalla las diferentes formas de actuar en él. Sin embargo, dentro de la clasificación Actitudes Cotidianas en Personas Comunes, el “me las sé a todas”, el “yo te explico chiquito”, el “aprendé de mí que la pasé mil veces”; la simple e insoportable soberbia, es una de las que más odio me provocan y eso que a los prejuicios los llamo preconceptos.

Lento, con tranquilidad contenida, me levanté de la silla. Saqué del bolsillo la billetera. De ella tomé cincuenta pesos y los tire arriba de la mesa. Luli miraba como si no entendiera nada y ofendida por la descortesía de mi parte al no respetar al filósofo, quien a su vez esbozó una sonrisa nerviosa, de incomprendido y como una víctima de la brutalidad del populismo.

Miré la puerta de salida y me encaminé hacia ella. Cuando agarré el picaporte era una catarata de puteadas silenciosas. Siempre

me pasó, desde muy chico. Cuando había algo que me molestaba, me dolía o me sacaba las ganas de vivir, en lugar de explotar me guardaba el volcán en el estómago. Las palabras se me iban, desaparecían sin la posibilidad de usarlas. Con el tiempo logré perfeccionar las formas y dejar una especie de onda negativa, de enojo suspendido en el lugar. Fue una adaptación natural. No decía nada, pero hacía notar el disgusto. A pesar de ello nunca lo superé y las puteadas con palabras justas y precisas llegaron siempre una vez que me iba. Esta vez, en el departamento del señor pintor tenía dos pares de ojos clavados en la nuca y no merecían mi silencio. Me di vuelta para mirarlos bien a la cara.

—¿Qué carajo se creen que son, pedazos de vergas? ¿Tan hijo de puta vas a ser, que por ganar un concurso de mierda te crees el pintor de la década, el artista incomprendido? Todo un día tirado al carajo, dedicado a la basura; culo roto. ¡El arte corre por tu piel, puto reprimido, mal cogido y la concha de tu madre!

Es cierto que visto a lo lejos capaz me excedí un poco, pero hay que analizarlo en el contexto y sumarle mi falta de práctica para resolver situaciones parecidas. Cuando terminé, en el medio del jadeo y con los brazos en la cintura como para descansar, el tipo va y responde:

—Es que usted no sabe preguntar.

Lo noqueé. De abajo hacia arriba. Incluso sentí el mentón moverse un poco. Salí sin mirar a Luli, a su querida Luli y me fui satisfecho. En la calle llamé a mi amigo de la redacción y le dije que él haga la nota propuesta, no lo dejé hablar y le corté el teléfono.

Los dos días siguientes tuve un pico de presión, saqué un parte médico, me quedé en casa, leí un libro y tomé cerveza.

De todos modos, lo más importante, ocurrió después de mi descanso sanitario. Cuando volví, al ingresar a la redacción pedí un diario del día. Leerlo antes de empezar es una de las claves para poder hacer un buen trabajo. Sentado en la oficina, lo extendí frente al teclado de la computadora. En la tapa había una foto de un hombre con una venda alrededor de la cara. Estaba parado al lado de una mujer veinte años menor. En la mano sostenía la reproducción de un cuadro y al pie de la imagen decía: “El original aún está en México”; de lado a lado de la primera plana un título destacado anunciaba: “Pintor manco obtiene un premio internacional”; y en el copete: “Fue con su obra ‘El arte es algo que corre por la piel’”.

DOS VIAJES

Por **Rocío Lanfranco**

I
Pasa
por el parabrisas va
todo el paisaje,
toda la noche lloviendo.
Pasan las líneas
blancas y amarillas
al costado,
chocan con el vidrio
las hojas finitas y alargadas
de los árboles
son esos con la piel manchada
y desprendida.
Pasa
y se queda el agua
entre los ojos,
dos luces rojas se alejan
nos dejan más ciegos
y en peligro.
Allá quedó Nogoyá
en una esquina
con una casa antigua.



II

*Yo que creo que no me acuerdo
tan bien de tu cara
sé que te enterraron no sé dónde
y que tal vez ya sea fértil
la tierra donde estabas.
Me acuerdo de tus cosas peores
y de esas venitas rojas
en los pómulos
más que todo cuando te enojabas,
y que silbabas mal
y todo el tiempo
y de que siempre parecías contento
y de que llorabas mucho.
Yo sabía que te ibas a morir
y sin embargo
no junté flores
no miré al cielo
no me agarró de imprevisto la noticia
no fui a tu entierro.
Yo que creo que tan bien no me acuerdo
de tu cara
a veces recuerdo
que me decías hija.*



MadreSelva
CASA DE ARTE

UN ESPACIO DONDE EL TIEMPO ES
TU MEJOR AMIGO.
DONDE LOS COLORES TE INVITAN
A JUGAR, DONDE EL AZAHAR
FORMA PARTE DE TU EXISTENCIA.
Y DONDE EXISTIMOS SIENDO UNA
GRAN RED DE AMIGOS.

José Rodó 663 - Esq. Casacuberta

☎ 0343 - 154156935

📍📷 MadreSelva Taller de Arte



CRÓNICAS DE UN HEAVY METAL

Uno más

Por **Cesar Luis Penna**

Toda la semana esperando este día, en el que “el profe” no existe y solo el heavy que paga la entrada. Muchas veces leí sobre la oscuridad ganando las calles y el agotamiento mental gobernando la vida de todos, pero nunca lo viví, hasta ahora.

En el recital solo soy uno más al lado de quien se levanta todos los días a las seis de la mañana para ir hacer mezcla cementera, y de quien tiene un franco cada quince días y cuida el patrimonio de otros todas las noches, y de quien se quema las manos en un horno o arriesga en cada cruce su vida llevando quien sabe qué para vaya saber quién. Ahí en medio de todos, solo soy uno más.



HERMÉTICA

Ya casi estoy degustando la cerveza sanadora junto a mis hermanos del sonido, compartiendo más que tomando y escuchando esas canciones que tanto nos gustan. Ya casi estoy escuchando las conversaciones que en cada recital tenemos, de cómo va la banda, el laburo, la familia, o el típico ¿Lo viste a tal? ¡Hace mucho no lo veo! Mientras me empeño en llegar al lugar recitalero, esta vez es un bar de la zona del centro que más que pintoresco es bien rockero, pero que está un poco lejos. Vestido con un jean negro y con una remera de Hermética voy con paso firme haciendo sonar la cadena que ata mi billetera al cinto con tachas; con el pasar de las cuadras se siente el peso de las botas y las ampollas que quieren asomar. De a ratos en la oscuridad se me escuchan unos versos ...De tanto esquivar soledad...ya no hay nada que me espante... Sí, a veces se me olvida que estoy en la calle y no solo vocalizo con las melodías de Iron Maiden, si no que las estrofas

más sentidas se me escapan al aire, como si inconscientemente le cantara a la diosa de la noche que a veces se viste luna y otras solo de brisa fresca, para que me brinde su cuidado y protección. Voy con paso ligero pero no sólo, ya que siempre estoy custodiado por los búhos invisibles de ciudad. La distancia la cuento por canciones, no por cuerdas, así la lejanía del lugar y el cansancio de la semana se esfuman de apoco.

Por lo general cuando me voy acercando siempre veo uno o dos cuerpos vestidos de negro, con cadenas de distintos tamaños, con muñequeras negras de cuero y tachas, con borceguís o zapatillas, algunos son poseedores de pelo largo y otros con corte bien al ras y con gorra, y lo más distintivo son las remeras negras con imágenes de las bandas que hacen que cada uno se distinga de los demás. Con vestimenta similar pasamos a formar una minicaravana de rockeros. Pero esta vez llego tarde, porque me cansé de ir puntual y que arranquen una hora después, entonces es natural que no encuentre a nadie mientras me acerco.

Ya casi puedo sentir la música, la primera banda probando sonido, la batería haciendo su primera entrada toda desordenada y la guitarra distorsionando sus cuerdas, y el cantante probando los micrófonos una y otra vez. Casi puedo degustar la cerveza junto a mis hermanos, casi puedo sentir la energía de la música haciendo salir mi olvidada sonrisa. Solo unos metros faltan y las ampollas por las botas lo saben. Se ve gente en la puerta, pero no es conocida, y me sale un pensamiento positivista: “Debe ser que están todos adentro”. Trato de ver pero no se ve a ninguno y el escenario parece estar vacío, en la entrada nadie me pide el ticket, raro porque siempre me enchufan el vale del vaso y casi que me arrancan el brazo antes de pasar sin mostrar la entrada.

Me voy a la barra y pido una cerveza mientras pienso que es muy temprano aún, porque tampoco hay conocidos adentro. A media cerveza, ya relajado y descansados mis pies se me da por mirar la entrada... el recital será en dos semanas.





ALA VUELTA DE LA ESQUINA DESPIDIÓ EL AÑO

A la vuelta de la esquina, espacio de arte ubicado en Amheguino 130, despidió el año con una variada gama de actividades. Hugo Ugalde presentó sus textos, Maria Silva su música y Charly Dmon un cinetrónico música y proyecciones.

Ernesto Tabares estuvo con su muestra “Lugares Comunes” y no faltaron las artesanías de Gabi Veron. De esta manera despidieron un año de múltiples actividades.

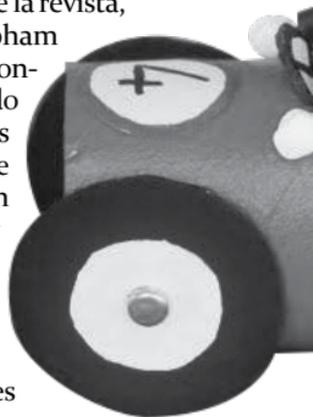
UN DÍA EN LAS CARRERAS

Un cuento de **Horacio Lapunzina**

La idea creo que fue de mi primo Cristian. Ahora se me mezclan un poco las cosas. Pero recuerdo en cambio con claridad cuando empecé a hacer los dibujos sobre la cartulina blanca. Los modelos los saqué de la revista “Corsa”, que traía las fotos de los autos y entonces podía ver la forma de las trompas y las calcomanías de cada uno. La de Marlboro, roja y blanca como sigue siendo ahora, para los Mc. Laren. O la de John Player Special, de un negro lustroso igual que los tubos de cigarrillos que se compraban en Paraguay por dos mangos, y que le correspondía a Lotus. Los Tyrrel, en cambio, eran azules. La revista traía, además, la lista con los nombres de los pilotos y el dibujo –llamado trazado– de cada pista donde se corría el campeonato. Así, por ejemplo, el GP de Sudáfrica; el de Interlagos en Brasil, con sus cientos de curvas; el de Mónaco, entre calles de un país que mi tío decía que era un principado y para mí era como si me hablara de una ciudad sumergida.

El sistema consistía en dibujar el modelo del auto en una cartulina blanca del tamaño de la caja de un cassette. (Me acuerdo que tomé ese patrón sin motivo aparente). Recortaba la trompa imitando la forma tal cual la había visto en las fotos de la revista, y así quedaban los frentes similares a escala. El Brabham blanco de Reutemann, por ejemplo –el BT 44– era redondeado en el frente, semicircular. En cambio el carenado de los Mc. Laren era distinto, con dos aleroncitos a los costados y el número bien grandote al medio. Con ese corría Fittipaldi, el brasileño que los de la “Corsa” decían que era el mejor piloto del mundo. Por eso me esmeré y lo pinté con un marcador Sylvapen recién comprado.

En el lugar del asiento dibujaba el casco y el vidrio ínfimo que se veía desde arriba, y allí empezaba a tener vida el piloto, siempre nervioso antes de partir y de cuyas pruebas de clasificación hablaban los locutores



a través de mi transmisión en vivo.

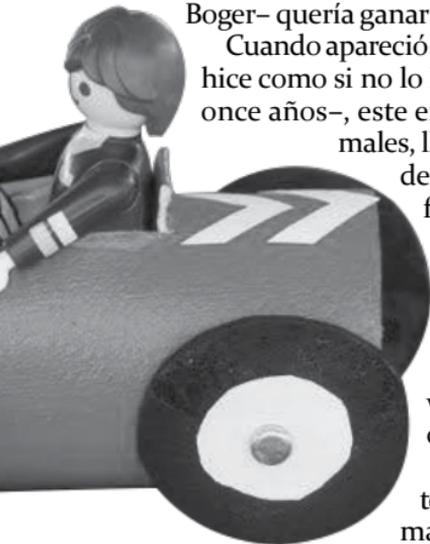
Una vez terminadas las cartulinas, las recortaba y montaba sobre un cartón más duro. Luego debía esperar a que seicara el pegamento y dar vuelta una solapa del extremo trasero del auto/ dibujo, lo que representaba el alerón propiamente dicho. Para rematar, les pasaba en la cara inferior una fina película de plástica que, al secarse, le daba a los coches el brillo del barniz y les permitía deslizarse como una patinadora rusa sobre el hielo.

El campeonato se presentaba duro ese año. Las carreras se cumplían de un modo irregular porque que a veces el circuito se armaba sobre el piso de cemento del patio, algo rugoso para el tipo de “neumáticos” que usaban mis pilotos. Otras veces, cuando se largaba a llover los fines de semana de invierno, las carreras se hacían en el living que mi mamá y mi hermana encerraban sin excepción los sábados a la mañana. Allí el circuito no podía trazarse con tiza por razones obvias, por lo que había que marcarlo con rastis —ladrillos plásticos de encastre—, y eso dificultaba la acción de mi mano para empujarlos y hacerlos maniobrar. Pero en cambio corrían a mayor velocidad, y eso aumentaba la frecuencia de los accidentes.

Un domingo, mis autos corrían en el patio la quinta fecha y los primeros puestos se peleaban en cada vuelta. Era una competencia sin tregua y hasta un piloto inventado por mí —Oscar Boger— quería ganar en esa tarde helada de agosto.

Cuando apareció la cabeza del Cacho Elizalde sobre el tapial, hice como si no lo hubiera visto. Yo sabía que para él —ya con once años—, este era un juego de maricones. Para colmo de males, llegó acompañado por Julio y por Víctor, dos de sus laderos de confianza, verdaderos títeres funcionales que representaban una extensión más cruel de la ironía y la burla punzante de Cacho, lo que ya era mucho decir. Iban a ser tres dosis fuertes y me preparé para la humillación. Puse la transmisión en off, —aunque seguía dentro de mi cabeza— y tuve, como era de esperar, un ataque abrupto de vergüenza.

Empezaron las risitas cómplices y los chistes, a los que trataba —sin éxito— de ignorar. Mi mano extendía los autos con el automatismo



de quien ya no se cree su propio juego. No podía pensar más que en los comentarios y chistes de los tres intrusos agazapados en el umbral de mi propia casa. Sus descalificaciones, sus burlas cruzadas y por turno mejorando cada vez el disparo, daban en el blanco de mi furia. Y yo trataba, –como si llevara puesta una armadura– de no darles el gusto de estallar en lágrimas. Tampoco se me pasaba por la cabeza agarrarme a las trompadas con tres tipos juntos.

Así fue que empezaron los accidentes.

Primero derrapó contra el guard-rail el Tyrell azul de Patrick Depailler, que lo llevó a boxes dejándolo fuera de competencia. Los coches se apelonaban en las curvas, reduciendo la capacidad de maniobra de los pilotos. Se producían roces, trompos, despistes, quejas de las escuderías. Un banderillero resultó lesionado. Algunos autos se llegaron a montar sobre las ruedas de los próximos. Otros se atascaban en el cemento por el desgaste de la película de plasticola que exigía renovación inmediata; era evidente que mi mano estaba apretando demasiado los autos contra el piso.



Mosaénicas

Criaturas de Papel



Venta de
libros usados y
encuadernaciones
artísticas sobre
ediciones antiguas



343-5218414



jpmvicentin@gmail.com



Mosaénicas Criaturas de Papel

Mientras tanto, mi relato mudo y los comentarios ajenos hacían todo el cuadro más insoportable; un globo de ira me insuflaba aire caliente a las sienes y los locutores no daban cuenta de la situación al público. La temperatura subía y la situación pedía tregua, pero el cuaderno sin tapas con las estadísticas del torneo esperaba ser rellenado con los datos. ¿Por qué había que parar la carrera o suspenderla? ¿No era ésta una situación real, una contingencia a resolver aunque sea a puñetazos, a pedradas, por más que se cortara momentáneamente la transmisión? ¿Por qué el noble deporte —el arte— debía someterse a la realidad estúpida de tres sujetos que habían tenido el mal gusto de haber nacido imbéciles y —además de males— vivir cerca de mi pista?

El resto fue más caos. Quedaron unos pocos autos sobre el trazado y la peor parte se la llevó Ronnie Peterson, un joven piloto sueco que, tras mi infeliz maniobra, fue a parar entre las azaleas del jardín, junto a un tacho herrumbrado repleto de agua de lluvia. Dejé las cosas como estaban y corrí adentro, envuelto en furia y frustración.

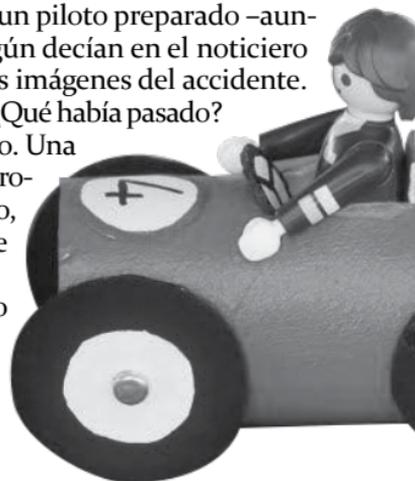
Mi hermano me vio pasar por la cocina como un auto despistado y me chistó. Tragando lágrimas, me encerré en el baño un buen rato hasta que pude decir algunas palabras de corrido. Lo peor había pasado. Jugaría otro día, más tranquilo. Adentro tal vez. Igual, me las pagarían.

El comentario de papá me resultó raro. Él no era de comentar cosas sobre la Fórmula 1, pero le llamó la atención la magnitud absurda de la tragedia. Peterson era un piloto preparado —aunque novato—, una gran promesa, según decían en el noticiero mientras repetían, una y otra vez, las imágenes del accidente. Después los planteos y las conjeturas ¿Qué había pasado?

Lo dijo un comentarista, indignado. Una muerte más en la Fórmula 1. Otra catástrofe en las pistas de un deporte estúpido, morbos, que coquetea con la muerte y mueve millones de dólares.

Papá agregó: un entretenimiento absurdo y chiflado para gente que no tiene otra cosa que hacer. Cosa de descerebrados.

Tal vez un juego. Un juego de maricones.



DIARIO DE UNA BIBLIOTECARIA

Por **Romina Backus**

Curiosidad que sorprende

“Nunca dejas de sorprenderme”... era una frase que repetía mi madre con frecuencia en mis años de juventud. Claro que, usualmente, esta expresión venía luego de una seguidilla de metidas de pata y no de acciones loables o destacadas, pero igualmente me sentía importante al brindarle a mi progenitora material didáctico sobre mi persona que pudiera compartir con el resto de la familia en las reuniones domingueras.

Así como mi señora madre sentía la necesidad de difundir mis originales actividades extracurriculares, de la misma forma sentí el deseo de compartir un interesante hecho ocurrido durante las últimas semanas del mes de enero que me dejó gratamente maravillada.

Ingresaba a la biblioteca como todas las tardes y antes de que pudiera encender la máquina ya contaba con la presencia de dos niños, de ocho y diez años aproximadamente, quienes comenzaron a visitar la sala de lectura todos los días y al mismo horario. Sus pedidos de información respondían a temas varios: quiénes fueron los templarios, datos sobre Enrique el navegante, los húsares, biografía de Antoine Charles Louis Lasalle, anécdotas sobre las cruzadas y más, mucho más.

Las visitas continuaron sin interrupciones hasta que un sábado por la mañana, sin más asistentes a la sala que los dos jóvenes curiosos, rompí el silencio y –con la cara de quién descubre una moneda en la calle cuando no tiene un peso en el bolsillo– les pregunté que los motivaba a hacer semejantes relevamientos históricos. En ese momento supe que los dos niños eran hermanos, oriundos de San Luis, y recientemente radicados en nuestra ciudad; que preferían la lectura a una tarde de pileta, que caminaban alrededor de media hora hasta llegar a la biblioteca y que cuando escuchaban una palabra que no sabían o alguien hablaba de temas que desconocían,

sentían una urgente necesidad de investigar al respecto.

Con rostro de fascinación y mis oídos predispuestos quedé maravillada escuchando durante largo rato a esta nueva generación y pensé: qué orgullo y regocijo sentirán esos padres puntanos. Como dijo Heráclito, aquel viejo filósofo apodado El Oscuro de Éfeso, “no está bien ocultar la propia ignorancia, sino descubrirla y ponerle remedio”.

Misterio resuelto

Desde hace muchos años tengo la manía de revisar cada tanto los libros de mi biblioteca. No existe una vez que no encuentre algo significativo dentro de ellos: señaladores elegantes que fueron obsequios de cumpleaños y señaladores caseros de todo tipo de productos de un arduo trabajo imaginativo o, simplemente, resultado de tomar lo primero a mano para marcar el lugar donde suspendí una lectura. Por supuesto que la manía de llevar adelante un relevamiento en el interior de las obras literarias se vio incrementada desde que trabajo en la biblioteca, y los hallazgos producidos han generado risas, sorpresas y un nuevo oficio ad honorem: investigador especialista en la resolución de misterios.

Alambres con ribetes, papeles mal cortados, boletos de colectivos, postales, recetas médicas, facturas de luz, paños para la limpieza de lentes, fotografías, volantes publicitarios, hojas secas, cartas, carné de conducir, pañuelos, delineador de ojos y, aunque suene poco poético, trozos de papel higiénico, son

algunas de las muchas variantes elegidas por nuestros socios al momento de interrumpir se lectura. Aquí inicia el delineamiento de la nueva profesión mencionada más arriba,

donde ciertos elementos pueden ser librados al olvido y otros deben retornar al punto de origen.



Recuerdo una oportunidad en que un hallazgo movilizó a todo el personal y el trabajo en equipo llevado adelante fue digno de condecoración.

Habíamos encontrado dentro de “La montaña mágica” de Thomas Mann una carta de dos carillas, dólares y un sobre de papel madera. En ese mismo instante se puso en marcha un entretejido de acciones para encontrar el propietario de la misma, hasta que en tan solo 24 horas dimos con el paradero del susodicho.

Meses después, el socio en cuestión nos presentó a la destinataria de esa carta, de origen venezolano, quien se radicó en nuestra ciudad luego de comprar con esos dólares encontrados el pasaje en avión que la condujo a la capital entrerriana.

Es probable que la señora proveniente del país hermano encontrara, igualmente, otra forma de trasladarse hacia Paraná, incluso es probable que el contenido de la carta no fuera de vital importancia, pero los que participamos en la búsqueda del socio distraído sentimos, ese día, que habíamos hecho la diferencia, y que haber leído los relatos de misterio de Sherlock Holmes, durante tanto tiempo, no fue en vano.



Aliso
imprensa

Cuyas y San Pérez, Paraná, Entre Ríos
Teléfonos 3434595738/3434283270
Facebook: Aliso Imprensa

EDITORIAL
 **ana**

Ana Editorial es una idea de
Pablo Felizia y Nicolás Tavella
Teléfono: 3434595738/3415810734
Facebook Ana Editorial
www.anaeditorial.com.ar

CICLOS CULTURALES



. De Costa a Costa

. Compositoras

. Stand Up en La Casa

. Espantamales

CASA DE LA CULTURA DE ENTRE RÍOS

. Música Litoraleña

. Domingos de Teatro

. No te aburras Gurí

. Tablado Murguero

LA VIEJA USINA

. De pluma y canto

BIBLIOTECA PROVINCIAL

